

LA LARGA VIGENCIA DE UN PARADIGMA URUGUAYO

THE LONG-STANDING LIFE OF A URUGUAYAN PARADIGM

Julio Djenderedjian¹

Resumen

Este breve texto de ensayo plantea la dimensión histórica de la estabilidad macroeconómica uruguaya, que ha sido contrastada recurrentemente con la inestabilidad argentina; y propone una interpretación de largo plazo acerca de su historia, características y consecuencias.

Palabras clave: macroeconomía, Uruguay, sistema cambiario, siglo XIX

Códigos JEL: N16, N26, N9 E02

Abstract

This short essay addresses the historical dimension of Uruguayan macroeconomic stability, which has been recurrently contrasted with Argentine instability; and proposes a long-term interpretation of its history, character and consequences.

Keywords: macroeconomics, Uruguay, exchange system, 19th century

JEL codes: N16, N26, N9 E02

Recibido: 1–3–2025 | **Revisado:** 23–4–2025 | **Aceptado:** 31–5–2025

En un evento de historia económica llevado a cabo recientemente en Montevideo, el señor ministro de Economía de Uruguay, Dr. Gabriel Oddone, contrastó, en términos amables y sentidos, pero no menos sinceros, la presencia permanente del pasado en el planeamiento económico argentino, mientras que, en su visión, en Uruguay lo que se discute es el futuro. Ello, posibilitado por una macroeconomía ordenada, una moneda fuerte con poder adquisitivo estable, y una serie de reglas básicas que gobierno tras gobierno elige conservar, favorece sin dudas los proyectos de los empresarios, y fomenta la inversión real y las iniciativas innovadoras. Tiendo a estar de acuerdo con él, pero no creo que la larga, proverbial, estabilidad uruguaya y su rol como factor esencial de una economía próspera sean algo de los últimos tiempos. En efecto, nuevas investigaciones históricas están mostrando una realidad distinta. En 1828, los gobernantes del recién nacido estado uruguayo rechazaron el papel moneda argentino emitido a mansalva por el Banco de las Provincias Unidas, que había financiado la guerra de independencia contra el imperio del Brasil, y cuya paridad con el metal precioso había perdido casi tres cuartas partes de su valor en sólo un par de años. Rechazaron también las monedas de cobre de mala, malísima calidad, originadas en las cecas provinciales de Brasil, su otrora metrópoli, que eran culpables del derrumbe de la cotización del real, desde 8 por 1 peso en 1826, a 14,5 a inicios de 1831. En su lugar, la élite gobernante montevideana (compuesta por comerciantes de peso, antes que por políticos) pergeñó una compleja operación de recogida y canje de la mala moneda de cobre, con el fin de venderla por metal y sanear la circulación, dejando sólo las piezas de mejor calidad; y estableciendo en diciembre de 1831 una paridad fija con una moneda imaginaria, el peso corriente, y un premio de un 20 % para la plata de 900 milésimos de fino, para la cual se pagarían 9,60 reales en vez de los 8 a que equivalía ese peso corriente que era la referencia. Por efecto de esa apreciación

¹ Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, Universidad de Buenos Aires-Conicet (Argentina). Correo electrónico: juliodjend@yahoo.com.ar

cambiaría, el mercado monetario montevideano absorbería entonces las monedas físicas mejores, con peso y valor en torno a aquella equivalencia, rechazando así las piezas febles (es decir de menor contenido intrínseco), falsificadas, o de baja calidad, aun cuando fueran de plata (Djenderedjian y Martirén 2025:1-24). Esa paridad se mantuvo por décadas, en un período durante el que Uruguay soportó interminables y terribles guerras, el sitio de Montevideo durante casi diez años (1843-1851) y una sucesión de tragedias e invasiones con escaso parangón en el mundo. No es aquí el lugar para detallarlas, pero baste señalar que los gobiernos de provincias o naciones limítrofes no tuvieron un rol menor en esas horrendas desgracias.

Sin embargo, Montevideo no paró de crecer. La vieja ciudad se duplica largamente en extensión y en población, pasando de unos 18.000 habitantes en 1810 a más de 45.000 en 1845; se planea en 1829 la «ciudad nueva»; las viejas murallas son demolidas a partir de 1831 para dar cabida al trazado urbano de sus noveles barrios, y surgen plazas tiradas a cordel en las que, con el correr del tiempo, se erigirán los hermosos monumentos, señoriales casas privadas y edificios públicos con fachadas de abolengo que hoy todavía vemos (Pollero 2014: 36-57). El *hinterland* cercano a la ciudad se transforma igualmente; los estudios sobre inventarios muestran una valorización creciente de la tierra y el dinamismo de nuevas actividades. Aun la destrucción de los rebaños de ganado durante las guerras no parece afectar en demasía las fortunas, que se duplican o triplican con facilidad en pocas décadas (Vicario 2024).

¿Acaso esa estabilidad macroeconómica de la temprana república (antecedente de la que el señor Ministro ponderó, y que, como veremos, tendrá sorprendente continuidad), impulsada en buena parte por el cambio fijo, tuvo poder suficiente para lograr ese verdadero milagro? ¿Qué otros factores están detrás de él, o cuál es el camino que la economía de Montevideo y su campaña encontraron para contrarrestar la destrucción de la guerra, y aprovechar verdaderamente una previsibilidad que por sí sola no parece poder explicar ese desempeño? En efecto, una ciudad, y su *hinterland*, en el siglo XIX, tenían que ofrecer algo concreto a la región, y al mundo, para poder crecer con dinamismo similar. Eso que ofrecían, patente en la evolución de los patrimonios, y en la correspondencia de los más importantes comerciantes, es un rol internacional para la Nueva Troya: el de un *hub* de comercio transatlántico, que conectaba puntos tan distantes y disímiles como la isla Mauricio y el sur del Perú, brindando, sin dudas, una logística y un financiamiento que les permitieron sortear, por un lado, el férreo monopolio que su vecina Buenos Aires ejercía sobre el comercio ultramarino con las provincias del interior; y por otro, los desafíos de una campaña de la cual la guerra la había no sólo aislado, sino incluso transformado en enemiga. El gobierno del Cerrito, opuesto al de la Defensa, controló durante los largos años del sitio el espacio productivo situado más allá del entorno casi inmediato de la ciudad; privándola así del respaldo de una campaña que pudiera haber sido origen, como lo era la de Buenos Aires, de bienes comercializables en ultramar. Pero en las fortunas de los comerciantes crecen en cambio rubros ligados a los servicios financieros: deudas activas, acciones y acreencias diversas, testimonios elocuentes de ese comercio a largas distancias en el cual la ciudad se había ido transformando en maestra. Los beneficios de ese comercio se acumulaban en las nuevas mansiones de la élite mercantil, y se acrecentaban con el auge del intercambio transatlántico; el valor del puerto reafirmaba así su importancia estratégica, que es en definitiva lo que explica la intervención de las grandes potencias de la época (Francia, Gran Bretaña) en las sórdidas disputas locales. Y sin dudas el comercio por el río Uruguay y el Plata tuvo en Montevideo un punto de salida sumamente atractivo para las exportaciones de las provincias argentinas, en momentos en que el puerto de Buenos Aires estaba bloqueado por las naves de aquellas potencias.

Es oportuno recordar que la lealtad a un esquema de cambio fijo permeó la política y la economía uruguayas aun mucho más allá de esa dura etapa inicial. La reciente tesis de Gastón Díaz Steinberg (2023) analiza la sorprendentemente larga adhesión uruguaya al sistema de patrón oro durante las cuatro décadas que comienzan en 1876, justo cuando la vecina Argentina lo debía abandonar entre corridas y tumultos, no logrando volver al mismo sino a los tumbos y por períodos relativamente cortos (1883-1886; 1899-1914; 1927-1929). Algo que, por otra parte, también ocurrió en Brasil, en Chile, y en muchas otras naciones de las que por entonces podían ser consideradas periféricas. En efecto, de ese multitudinario conjunto, sólo unos pocos países europeos lograron sostener la conversión a oro por tanto tiempo como Uruguay. No sorprende entonces que, justamente por ello, la economía uruguaya absorbiera ingentes flujos internacionales de

efectivo en moneda dura, en particular cuando las crisis, por desgracia tan recurrentes, azotaban a sus vecinos; eso le permitió quizá mitigar en parte los efectos locales de las mismas, pero, sobre todo, allegar bases cada vez más sólidas a su proverbial imagen de estabilidad y previsibilidad.

Ese esquema de una ciudad transformada en un brillante punto de intermediación financiera e intercambio mundial por la lúcida élite comercial del albor republicano tiene sin embargo otra faz: el país, aún naciente y poco o nada consolidado, no terminaba en el espacio al cabo limitado que esa élite controlaba. El resto de la campaña, hacia las tierras que se confundían con el Brasil, vivía una realidad distinta. La integración de ambas estaba hace casi dos siglos impedida por la guerra; en la actualidad, la guerra afortunadamente ya no existe, pero tampoco puede afirmarse que esos espacios distintos se hayan transformado al unísono de la próspera economía de la capital. Una significativa porción del PBI nacional se sigue concentrando en Montevideo; las limitaciones y atrasos del resto del país son un tópico recurrente del análisis informado. ¿Ha cambiado entonces sustancialmente el esquema de un *hub* mercantil internacional, urbano y escindido de su campaña, que pusieron en práctica los viejos miembros de la élite comercial que armó la República? ¿Es tan distinta la realidad actual de ese viejo paradigma, que por otra parte podría buscar cómodamente sus raíces en las formas del monopolio mercantil de la etapa virreinal, en el que unos pocos comerciantes privilegiados residentes en la ciudad tenían en sus manos las líneas de crédito que aprisionaban al resto de los habitantes de una vasta región rural?

Sin dudas que el ejemplo uruguayo es admirable, y por cierto más allá de la previsibilidad macroeconómica: sin ir más lejos, la reducción de las tasas de pobreza en décadas recientes, bajo gobiernos de distinto signo político, marca a las claras la madurez y prudencia con que sus élites han manejado las variables esenciales de la economía, al menos al compararlas con los erráticos y pobres resultados de algunas naciones vecinas. Pero de todos modos hoy se plantean desafíos de nuevo cuño, para los cuales quizá no baste continuar simplemente transitando sendas ya conocidas. Una vía de integración de la economía nacional que supere las limitaciones del presente probablemente deba replantearse los términos de esa receta del pasado lejano, que tan bien funcionó durante tanto tiempo, y que le ha garantizado al país una prosperidad y una estabilidad justamente envidiadas por sus vecinos. Pero que ya ha durado demasiado tiempo, y que, de alguna misteriosa manera, se puede intuir que está en la raíz de una realidad que no es del todo la de una nación unánimemente próspera.

Referencias bibliográficas

- Díaz Steinberg, G. (2023). *Essays on the Gold Standard: The Case of Uruguay*. (Tesis de doctorado). Universidad de la República.
- Djenderedjian, J. y Martirén, J. L. (2025). La moneda circulante en el Río de la Plata y el surgimiento de un mercado financiero, 1813–1850: de horizonte homogéneo a volatilidad estructural. *América Latina en la Historia Económica (ALHE)*, 32(1), 1–24.
- Pollero, R. (2014). El crecimiento de la población de Montevideo y su campaña (1757–1860). *Revista Uruguaya de Historia Económica*, 4(6), 36–57.
- Vicario, C. (2024). *Distribución y composición de la riqueza en la república temprana. Montevideo 1830–1860*. (Serie Documentos de Trabajo, 18). Universidad de la República, Instituto de Economía.

Archivo

Archivo Nacional, Montevideo

Libros, 186. Actas de la Comisión Directiva para la Extinción de la Moneda de Cobre. Montevideo, 1831–1834.

Archivo del Museo Histórico Nacional, Montevideo

794–808 Archivo Antonio Fariña, Correspondencia, papeles diversos, libro de resúmenes de balances. 1824–1852.

1095–1107 Archivo Miguel Antonio Vilardebó, Agencia marítima, documentos varios, 1837–1840.

2771–2785 Archivo Ramón Artagaveytia. Documentos sobre actividades comerciales, t. V–XIX, 1823–1836.

2788–2796, Archivo Ramón Artagaveytia. Documentos sobre actividades comerciales, t. XXII–XXXI, 1837–1852.